

beral Renan (sacerdote que abandonó su condición) y el conservador católico Vázquez de Mella al enfocar el concepto de nacionalidad. Renan afirmó que «una nación es un gran agregado de hombres con espíritu y calor de corazón», que tienen dos cosas: «una rica herencia de recuerdos» y «la voluntad de asumir la mayor parte de la herencia común». Y Vázquez de Mella la define como «un principio importante que, a semejanza de nuestro espíritu, se denomina espíritu nacional, y consiste en un fondo común de ideas, de sentimientos, de aspiraciones, expresado en tradiciones y costumbres semejantes».

En cambio —en contraposición a esas posturas burguesas— nos recuerda que «para Lenin, lo mismo que para Marx, lo nacional es secundario».

Es interesante también el capítulo que dedica al final al federalismo, que tan hondo arraigo tiene en el sentimiento popular español, como reconoció Menéndez y Pelayo hablando de Pi y Margall, su promotor en el siglo XIX. ■ E. MIRET MAGDALENA.

William Blake, entre el cielo y el infierno

Se ha publicado recientemente en castellano, bajo el título *Poemas proféticos y prosas* (1), una selección antológica de la obra de aquel gran visionario, poeta y dibujante, llamado William Blake. Su prologuista y traductor, Cristóbal Serra, afirma: «La posteridad tiene en cuenta el genio de Blake pero, en su época, no tuvo el reconocimiento de la crítica ni la consideración del mundo. Es casi comprensible que le trataran mal sus contemporáneos, pues apenas podemos imaginar un momento o un esquema de las cosas en los cuales haya podido vivir o descansar sin un asomo de rebeldía».

William Blake conversaba con los ángeles y los demonios, almorzaba en compañía

de los profetas del Antiguo Testamento, saludaba por la calle al apóstol San Pablo y discutía a menudo con el bueno de John Milton, cuyo puritanismo llegaba, en ocasiones, a irritarle. Sus contemporáneos —gentes escandalizadas por la vorágine de la cercana Revolución francesa— le apodaban, despectivamente *mad Blake*; pero no estaba loco, ni se mostraba propenso a padecer delirios o alucinaciones. Sencillamente, poseía una imaginación descomunal, ramificada hasta los más insospechados vericuetos de todas sus posibilidades sensoriales. «Los hombres —escribió con justificado orgullo— creen que pueden copiar la Naturaleza tan correctamente como yo copio la imaginación. Esto último no les cabe en sus mentes...». Los ojos de Blake veían realmente espectros de pulgas y cadáveres de hadas tendidos sobre las hojas de un rosal. Antes de cumplir los diez años, confesó a su padre que había visto un árbol cuajado de ángeles resplandecientes; su madre le libró de la inminente paliza paterna. Más tarde, nadie le libraría de la incomprensión de sus semejantes; éstos nunca le perdonaron sus excesos imaginativos. Sólo una pobre mujer, analfabeta y sumisa, llamada Catherine Boucher, aceptó sin rechistar sus numerosas extravagancias; durante cuarenta y cinco años compartió dócilmente —con una docilidad entreverada de

amor y comprensión, que recordaba en cierto modo la devoción de Sancho Panza hacia el delirante hidalgo manchego— las ideas y propósitos de un marido tan difícil y problemático como William Blake. Nunca se opuso a las sugerencias de su esposo, por muy descabelladas que éstas pudiesen parecer a simple vista —ambos solían, por ejemplo, leer «El paraíso perdido» completamente desnudos sobre el césped de su pequeño jardín de Poland Street: era un ingenuo ceremonial que les hacía sentirse identificados con la pareja protagonista del Génesis—; y sólo cuando Blake intentó poner en práctica sus teorías sobre la poligamia, la infeliz Catherine, asustada por la perspectiva de tener que compartir la vida con una o varias concubinas, lloró y suplicó hasta conseguir la revocación de aquel proyecto.

Acaso lo que pareció locura a los contemporáneos de Blake no fue sino lucidez profética, anticipación efectiva de nuevas formas de conocimiento, heterodoxia ontológica. Cuando William Blake, en su célebre *Matrimonio del Cielo y del Infierno*, escrito hacia 1790, afirma: «Sin contrarios no hay progreso», rompe todo un cúmulo de métodos escolásticos y se interna en un universo dialéctico cuya síntesis suprema es —entre la Razón y la Energía, entre el Amor y el Odio, entre el

Bien y el Mal, entre el Cielo y el Infierno— el Hombre, con mayúscula, capaz de percibir mediante la imaginación la infinitud de todas las cosas, capaz de ser Dios de sí mismo. «Donde falta el hombre, la Naturaleza es estéril», dice uno de los *Proverbios infernales* de Blake. ¿Por qué «infernales»? Acaso porque los auténticos poetas —y William Blake lo era— pertenecen, sin saberlo, al «partido del Diablo». ■ S. R. S.

Mad, un humor universal

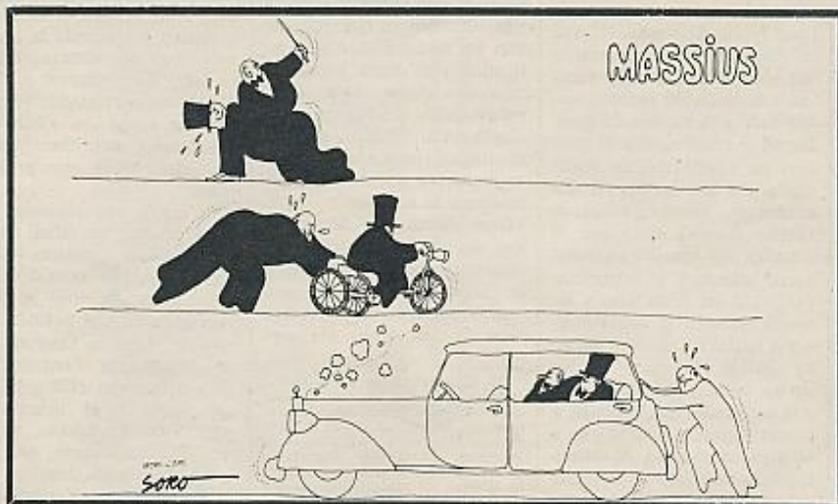
Hacia mucho tiempo que la revista norteamericana de humor *Mad* no llegaba a nuestros quioscos, coincidiendo, parece ser, con un número dedicado a la crítica de John F. Kennedy, que apareció, precisamente, en los días de su fatal visita a Dallas. *Mad*, ahora, llega regularmente y aunque sus contenidos se han despolitizado en gran medida, sigue siendo un interesante termómetro de la sociedad yanqui.

Mad es el *Punch* de la sociedad tecnológica. Nacida en 1952, como resultado de haber llegado a la conclusión de que el humor era una forma astuta de eludir la represión maccarthysta, ha actualizado la intencionalidad del *Punch* inglés, recreando los patrones de la crítica, de la ironía y de la disolución a tra-

vés del chiste y la historieta. *Mad* ha realizado la tarea de inventar las necesarias formas, mucho más ácidas, por cierto, capaces de sustituir la concepción liberaloide del humor crítico del XIX.

En España ha llegado un momento en que es posible el nacimiento y éxito de un periódico de parecidas características. Y no sólo se apoya la afirmación en la rica tradición que se interrumpe con la guerra, sino también en el auge actual de humoristas tan dispares como Forges, Chumy-Chúmez, Mingote, Ops, etcétera. Pero no un periódico que recoja visiones parciales, individuales y aisladas, como son las pocas revistas de humor que hoy existen; por el contrario, habría que intentar crear un *Mad* reflejo de la situación y de la sociedad españolas, con una línea editorial definida y que supiese aunar las visiones concretas en una intención global.

Mad lo ha hecho así. Es como un petardo en medio de la alienación de los *mass media*. Valiéndose de sus mismas fórmulas comerciales y de presentación, utilizando los canales que el propio sistema le proporciona ha creado un producto a caballo entre lo comercial y lo *underground*, con la ventaja de recoger ciertos aspectos de éste en un medio con mucho mayor alcance. Cine, cómic, televisión, *speeches* políticos pasan por el tamiz de la Redacción de *Mad* —entre los que habría que citar a Mort Drucker, Jack Davis y Angelo Torres, creadores de una escuela que ha influido en el desarrollo posterior del cómic y el humor norteamericanos—, para ofrecernos una realidad mucho más acorde con la verdadera. Y como, en gran parte, sus cómics, sus films y sus telefilms, sus *speeches*, son también los que nosotros soportamos, *Mad* ofrece al lector español una posibilidad más allá del papanatismo y extasiamiento ante la alienación de los medios de comunicación. Una posibilidad que, sin embargo, no se decide a ser clarificadora. ■ IGNACIO FONTES.



(1) William Blake, *Poemas proféticos y prosas*. Versión y prólogo de Cristóbal Serra. Barral Editores. Ediciones de Bolsillos, Barcelona, 1971.